



CATALINA I.

Algunas señoritas, suscriptoras á nuestro periódico, se quejan de que siempre hablamos de niños que han llegado á ser hombres, y que dejamos á un lado á las

jóvenes, como si no hubiese tambien ejemplos célebres de niñas que han salido de las clases mas bajas de la sociedad para subir á grande altura. Nuestras amables lectoras tienen razon; pero si hemos procedido así, esto consiste en que estamos persuadidos hasta lo sumo de que la mujer no ha nacido para elevarse, sino para permanecer tranquilamente en la posicion que Dios ha señalado á su familia. ¿De qué sirven á una mujer las grandezas? no tiene deudos á quienes amar? ¿no es el dulce consuelo y la intimidad del hogar doméstico? ¿no anima al que sufre, no es el apoyo de la vejez y el socorro del mendigo?

¿Con qué derecho, pues, quereis, oh niñas, que os hablemos de las quiméricas y funestas grandezas de algunas mujeres que han empuñado con gloria el cetro, manejado la espada con brio, ó pulsado la lira con la destreza de un buen poeta? Cuánto miedo tendriais si vuestras miradas penetrasen hasta el fondo del corazon de esas mujeres, si llegaseis á saber lo que cuesta la gloria! ¿Cuántas desgracias y aun crímenes se amontonan sobre sus nobles cabezas! ¿Cual fué la vida de la gloriosa Isabel de Inglaterra, y cuál la muerte de su desgraciada prima Maria Estuardo? ¿Cristina de Suecia no murió con las manos ensangrentadas? Si pasamos á la poesía, tampoco han sido muy felices las mujeres que han cultivado este ameno ramo de la bella literatura. ¿No habeis oido hablar en la historia de Grecia de una mujer que era un gran poeta, y se arrojó al mar desde la roca de Leucades? Mejor hubiera hecho Safo en manejar la aguja y bordar todos los años un hermoso velo para Minerva.

¿A qué hablaros de la gloria, y turbar, queridas niñas, vuestro décimo año con la narracion de tantas historias deplorables?... Sin embargo, puesto que lo quereis, os contaremos la vida de una noble mujer que salió de las filas del pueblo para regir el mayor imperio de este mundo y el mas difícil de gobernar. Alma firme, noble corazon, inteligencia sin límites, tales son

las prendas de Catalina I, esposa de Pedro I, emperador de Rusia.... Mas solo os hablaremos de la mujer, pues cuando sea tiempo toda la Europa os hablará de la reina.

Era en el siglo pasado y en 20 de agosto de 1702: un general ruso habia puesto sitio á Mariembourg, poblacion de la Livonia, oscura hasta entonces, y como en aquel tiempo, y sobre todo en aquellos paises, la guerra no tenia leyes, pues tomada una ciudad, los vencedores la entregaban al saqueo, y luego la incendiaban, degollando á los ancianos, y haciendo esclavos á los niños, la misma suerte cupo á Mariembourg cuando los rusos la tomaron por asalto. En medio de la multitud de niños y mujeres á quienes el vencedor llevaba cautivos con el resto del botin, habia una niña como de diez años, de elevada estatura, altivo porte y noble corazon, que habia visto caer su patria sin tener miedo, y habia visto incendiar su casa con igual valor. Sin parientes, sin amigos, sin familia, pertenecia á un amo, y nada habia podido abatir su altivez ó intimidar su gran corazon, porque era una de esas mujeres que el cielo crea expresamente para mandar y gobernar como grandes hombres; pero ignoraba cual sería su destino, y la que debia ser emperadora andando el tiempo, era esclava, altiva, y tal vez mas altiva esclava que altiva emperadora, pues como ya hemos dicho, tenia un alma muy bella.

Esa niña que se llamaba Catalina, fué creciendo en medio de las desgracias, y se educó enteramente sola. No sabia leer ni escribir, pero habia aprendido á observar; ignoraba todos las ciencias humanas, pero ya sabia mandar á los hombres. Sin embargo, si la fortuna no hubiese ido á ayudar á Catalina, Catalina habria muerto oscura y pobre en su oscura patria, ignorada de todos, hasta de sí misma, y la Rusia contaría un gran hombre menos.

He aquí como se elevó la esclava. Gobernaba en aquel tiempo la Rusia Pedro el Grande, uno de los hombres que con mas justicia han alcanzado este título

:

de *Grande*, tan prodigado á los reyes por sus adula-
dores. Ese hombre, impulsado por una voluntad mas
que divina, habia sacado á la Rusia de su barbarie pri-
mitiva, dándola leyes, costumbres, puertos, poblaciones,
ejércitos, una creencia, un emperador, todo lo que no te-
nia; y mientras que las demás naciones necesitaban siglos
enteros para salir de sus pañales, y se despojaban poco á
poco de sus rudas escamas, la gran nacion rusa, gra-
cias á Pedro el Grande, se habia desarrollado de re-
pente, presentándose armada de punta en blanco á la
voz del onnipotente Czar.

Un dia se detubo Pedro el Grande delante de una
casa mezquina de una mala aldea: estaba agoviado de la
fatiga y el tiempo era perverso, reinando un frio escesivo
aun para la Rusia. Al primer gesto del viajero se abrió
la puerta, y Pedro vió salir de la casucha una mujer
hermosa y alta, pobremente vestida, la cual se acercó
al caballo del viajero.

—Qué desea vuestra señoría? dijo al emperador, á
quien nunca habia visto.

—Un poco de agua, hija mia, dijo el Czar.

Y al mismo tiempo miraba con la mayor sorpresa y
admiracion á la bella esclava; porque Pedro despues de
trabajar como un jornalero en Amsterdam y ser soldado



raso en su propio ejército, habia viajado por toda la

Europa para instruirse en nuestras leyes, usos y costumbres; habia visto las mujeres mas hermosas de la corte de España, el pais de las mujeres bellas; pero jamás se habia encarado Pedro con una jóven mas hermosa ni de tan majestuoso porte.

Ella por su parte se preguntaba á sí misma en voz baja quien podría ser aquel viajero desconocido que viajaba solo á caballo en un dia tan cruel. De este modo se admiraban mutuamente, y tal vez en el fondo del alma se alegraban de parecerse tanto el uno al otro. Tambien ella permaneció inmóvil delante del emperador, y cualquiera que les hubiese visto de aquel modo, á ella apenas vestida y á él agoviado de fatiga, olvidando el cansancio y el frio para admirarse el uno al otro sin conocerse, se habria quedado mudo de sorpresa y respeto.

Al fin el emperador dijo á la jóven:

—Cómo te llamas?

—Catalina, señor.

—En este caso, brindo por tu salud, Catalina.

Y el emperador se llevó á los labios el vaso que la jóven habia llenado, añadiendo con voz majestuosa:

—Sígueme.

Ella entonces, aun sin volver á entrar en la casa donde servia como esclava, siguió al desconocido, porque aquella jóven que todo lo ignoraba, comprendió al instante que aquel hombre tenía derecho para decirle: «yo lo quiero!» y para romper las cadenas del esclavo: por esto le siguió sin vacilar, yendo al mismo paso que su caballo.

Y cuando llegaron á la capital y aun al palacio del emperador, Pedro I se apeó del caballo, y Catalina le tuvo el estribo de rodillas.

Se habia arrodillado siendo esclava, y se levantó siendo emperatriz de todas las Rusias, y lo que es mas, esposa de Pedro el Grande.

El mundo, á pesar de su admiracion, no pudo menos de convenir en que Pedro el Grande habia usado de su derecho de hombre grande, porque un emperador que

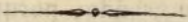
crea un imperio de una ojeada, no puede estar sometido como los demás príncipes á las leyes comunes. Pedro I necesitaba una compañera que le ayudase á gobernar, y no encontrando mujer digna de que se bajase hasta ella, elevó á Catalina, la cual fue una verdadera emperadora. Participe en todos los trabajos del Czar, al cual acompañaba en el consejo, en la guerra, en todas sus ocupaciones en fin, fué su guía, su consuelo, su esperanza, y aun su salvadora, porque sin Catalina Pedro hubiera perecido en la guerra contra los turcos.

Antes de su muerte, queriendo Pedro dar á Catalina una prueba de gratitud, mandó fuese coronada emperatriz de todas las Rusias, pues hasta en el sepulcro quería continuar su obra, sobreviviéndose á sí mismo en Catalina.

Ciertamente es muy bello llegar de repente á tan gran fortuna, esclava hoy y emperatriz al día siguiente; pasar de una choza al palacio imperial, ser la compañera del emperador, compartir con él sus trabajos y su gloria, reinar muerto él, fundar ese gran nombre de Catalina I... No es verdad, amables niñas, que es una vida hermosa y grande?

Pues bien, acercaos á ese lecho mortuario, ved á esa mujer joven todavía que muere á los treinta y ocho años, en medio de ese reino cuya fortuna ha seguido labrando: esa mujer que muere tan joven y tan fatigada con las grandezas de este mundo, es Catalina I, es uno de los *hombres* mas grandes de la Rusia, es la esclava de Mariembourg, es la esposa de Pedro el Grande.

Vamos, niñas, no penseis en las grandezas de la tierra, no habéis de cetros y coronas, dejad la ambición á vuestro hermano el cadete, poneos vuestro sombrerillo blanco, vuestro cinturón azul, y paseaos bajo los verdes árboles del Retiro ó en la plaza de Oriente, pero sin mirar siquiera el palacio, porque quizá no es tan feliz como vosotras creéis la augusta soberana que ocupa sus esplendentes salones.



VALOR DE UN JOVEN MARINERO.

Una de las frías noches de octubre del año pasado, se hallaba en la barra de Portugalete el falucho de pesca *S. Julian*, á cuyo bordo había cuatro hombres, el patron, su hijo que tendria unos catorce años, y dos marineros.

El viento soplaba con furia, la mar era gruesa, y las olas, cayendo de vez en cuando sobre el puente, hacian que las maniobras fuesen dificiles y peligrosas; pero á pesar de esto continuaban arrostrando el peligro los valientes pescadores, quienes hacia cuatro horas que habian tendido las redes.

De repente entre las doce y la una de la madrugada, el viento que hasta entonces habia soplado por el O. saltó al S. E., aumentando su violencia. Inmediatamente recogieron las redes los cuatro marineros y se mantuvieron en el puente para hacer lo que mejor conviniere; mas cuando el patron empuñaba el timon, cuando su hijo se ocupaba en recoger rizos, mientras los otros dos marineros se disponian á amarrarse al mástil, un golpe de mar arrojó el falucho sobre la costa, arrastrando al patron y los dos marineros.

Solo en el falucho inclinado, el animoso chico no perdió su serenidad, y saltando con viveza sobre el puente, cogió dos cuerdas, las fijó en el mástil, se ató á una de ellas por la cintura, y con la otra en la mano derecha gritó:

—¿Padre, dónde está V.?

—Valor, hijo mio! mantente firme, responde el patron luchando contra las encrespadas olas.

A pesar de la oscuridad que no permitia ver á cuatro pasos de distancia, el chico se arroja al mar, y el cielo le protege, pues consigue llegar á donde estaba su padre, le dá la cuerda que tiene en la mano, y ambos, despues de hacer esfuerzos inauditos, consiguen volver á subir al puente.

Uno de los dos marineros habia desaparecido, y el otro nadaba á lo largo de la embarcacion: luego que lo vió el valeroso chico, iba á arrojarle de nuevo al agua para socorrerle, cuando un segundo golpe de mar hirió el otro costado del falucho, lo enderezó, y como por milagro arrojó al marinero sobre el puente.

Los tres pescadores empezaban á reponerse un poco cuando fué á amenazarlos un peligro mil veces mas terrible que el anterior, pues el farolillo que alumbraba la cámara del barco, habia caido, gracias á un sacudimiento, sobre las camas de la tripulacion, y no se sabe cómo se habia prendido fuego á los jergones de paja, viéndose ya las llamas invadir la escotillas, al mismo tiempo que se aumentaba la borrasca.

Los dos hombres, al ver esto, perdieron la esperanza de salvarse, pero el niño gritó sin inmutarse:

—Padre, á la caña, y orzemos hácia la ola.

El patron obedeció, mientras el niño levantaba la cubierta de la bodega: casi en el mismo instante una enorme ola cae sobre el puente, penetra en la cámara, y apaga el incendio.

Al día siguiente á las diez de la mañana el barco de pesca entraba en Bilbao, y el patron, que se llamaba Juan Durán, estrechaba á su hijo contra su corazón, y contaba los peligros de esa noche terrible y la admirable conducta del jóven marinero, que á servir en la marina real, tal vez llegaría á ser un gran marino.

HISTORIA NATURAL.

LAS ABEJAS.

(Véase nuestro penúltimo número.)

La reina de las abejas pone un huevo en cada

una de las celdas que forman los panales destinados á la reproduccion de las nuevas colonias, y de este huevo sale un gusanito que á los nueve dias ha llegado á su completo desarrollo, consumiendo la miel que le suministraban las abejas, y llenando del todo su habitacion. Las trabajadoras deben entonces traerle nuevas provisiones, cierran su celda por medio de una cubierta de cera, no tardando el gusano en convertirse en ninfa, en cuyo estado permanece nueve ó diez dias. Al cabo de este tiempo rompe la cubierta y aparece bajo la forma de una abeja de color parduzco, siendo de consiguiente veinte y un dias los que son necesarios para que el huevo sufra estas diferentes transformaciones. Créase en otro tiempo que las abejas trabajadoras ponian los huevos con que se reproducen su casta y sus machos; que la reina no hacia otra cosa que procrear sus herederos; que repartia y dirigia el trabajo; que ejercia en fin todos los actos de una soberanía efectiva, y sin duda gracias á esta creencia se le dió el nombre de reina. Empero hoy está probado que ella sola cuida de la reproduccion, y que á esto se reducen sus funciones; por último, que únicamente pone una misma especie de huevos.

Probablemente nos preguntareis, queridos niños, en qué consiste que estos mismos huevos producen tres especies de individuos diferentes en estatura y en forma, y cuyas funciones tienen tan poca analogía entre sí. He aquí como se esplica este fenómeno, y este hecho manifiesta muy alto el instinto admirable de que están dotados esos insectos que saben mantener la division de sus castas en las proporciones que la naturaleza las ha señalado.

En sus labores, las abejas no tienen otra mira que la reproduccion de nuevas colonias, y procuran por todos medios asegurar su prosperidad futura, á cuyo efecto dan á las abejas que componen los panales un espacio propio para la especie de progenitura que deben contener. Las nueve décimas partes de los pana-

les están formadas de celditas de igual tamaño, en las cuales nacen las abejas trabajadoras: uno ó dos panales separados continen celdas mas vastas de las cuales saldrán los machos; por último cierto número de casas todavía mas espaciosas que las precedentes y tambien separadas de las otras sirven de cuna á las reinas, una de las cuales está destinada al enjambre de donde debe salir la que reemplace á la soberana que muera.

Los habitantes de estas diversas celdas se alimentan conforme al desarrollo que deben adquirir, por lo cual las larvas machos reciben un alimento mas abundante y substancial que el que se da á las larvas de las cuales nacerá la clase laboriosa, y los jugos mas azucarados, los mas preciosos, son para las magestades futuras. El tamaño de las celdas y la diferencia en el alimento son pues las únicas causas que producen las tres castas que componen la poblacion de una colmena.

Luego que las jóvenes trabajadoras abandonan las celdas, salen de la ciudad para probar sus alas, revoloteando y zumbando en derredor de su morada; cada dia es mas fuerte y agudo este zumbido, y ensanchan el círculo que describen jugueteando, como para familiarizarse con los objetos exteriores, y luego que el tierno enjambre ha acabado de crecer, y no cabe en la ciudad natal, se separa de ella para formar una nueva colonia.

Cuando las abejas, reunidas como una pelota suspendida por debajo de la entrada de la colmena, se agitan mas y mas, puede asegurarse que no tardarán mucho en emigrar, lo cual se conoce tambien porque entonces algunas de ellas trazan volando círculos sobre sí propias, tomando la actitud mas cómica. A eso del medio dia aparecen á la puerta de la colmena los machos, á los cuales sigue á poco la joven soberana; pronto se aumentan prodigiosamente las evoluciones de la gente popular, y todo el enjambre no tarda en tomar vuelo. Se le sigue en su fuga, y si al ca-

bo de algunos minutos no procura posarse, ó trata de elevarse á demasiada altura, se le obliga á fijarse disparando uno ó dos tiros con una escopeta que tenga mucha pólvora.

Las abejas toman estas detonaciones por el ruido del trueno, y vienen al suelo inmediatamente á fin de abrigarse contra la tempestad y la lluvia de que se creen amenazadas. Si en ese momento una parte del enjambre se separa del vuelo para posarse en tierra, es seguro que la reina se halla entre ellos, pues de este modo es como procuran defender á la única esperanza de la futura colonia. Se deja pues á las abejas el tiempo necesario para que posen, y á fin de librarse de sus dolorosas picadas, el colmenero se cubre el cuerpo con un traje forrado de lana doble, y el rostro con una careta de un tegido metálico. Pero antes de coger á las fugitivas, se las rocía ligeramente con agua á fin de que no intenten proseguir su vuelo, y despues con una escobilla se las hace caer en una colmena que se coloca á la sombra inmediata al sitio en que han posado, para dar á las ausentes el tiempo necesario para entrar en el asilo comun. Cuando al cabo de un cuarto de hora se conoce que el pueblo alado está perfectamente tranquilo, se transporta la colmena que lo contiene al sitio que debe ocupar.

Pronto se adquiere la certeza de que la reina se halla en el enjambre, pues en este caso las abejas se entregan con ardor al trabajo, salen y vuelven á salir de su alberge, en torno del cual revolotean como para conocer las afueras de su nueva casa. Pero si el tierno enjambre se vé privado de su soberana, sobre la cual descansa únicamente el porvenir de la familia, no tarda en abandonar su nueva morada.

Nos detenemos aquí, oh amables lectores, porque el cuadro que nos hemos propuesto bosquejar no nos permite estendernos mas, con tanta mayor razon cuanto que creemos haberos dicho bastante para daros una idea exacta de las costumbres de ese pueblo de insectos.

los cuya inteligencia es muy superior aun á la de esos seres que, como la abeja, forman comunidad, sin exceptuar la célebre república de los castores.

Vamos ahora á trazaros algunos hechos que se han verificado en países lejanos, pero que tienen relacion con la materia de que nos ocupamos.

En Egipto los cultivadores de la miel tienen un método muy ingenioso de aumentar el producto de su industria. Así es que cuando la estacion de las lluvias obliga á las abejas á suspender sus correrías y á encerrarse en sus colmenas, colocan estas últimas en unos barcos, y subiendo el Nilo, abandonan el Delta para dirigirse al alto Egipto, que en esa época del año ofrece una riqueza de vegetacion admirable.

Encuentran allí pues una abundante miés. Cuando el sol empieza á marchitar las plantas de la comarca que ocupan se aprovechan de la noche para volver á surcar el rio hasta que llegan de nuevo á las inmediaciones de algunos frescos valles, de cuyo modo prosiguen su viaje de estacion en estacion, y tornan al sitio de donde salieron en la época en que la vegetacion recobra su lozanía en el Delta.

Durante las seis semanas que han empleado en volver á bajar el Nilo, las abejas hacen una rica recoleccion de miel, mientras que durante todo este tiempo hubieran consumido parte de la que confeccionaron anteriormente, si sus propietarios no hubiesen sabido aprovechar la mala estacion.

Terminaremos este artículo describiéndoos la caza de miel que se hace en las llanuras inmensas ó sábanas del interior de la América del Norte.

Las personas que se dedican á esta ocupacion toman por medio de unas redecitas cierto número de abejas á las cuales encuentran en las orillas de los rios y en las entradas de los bosques. Estas abejas están encerradas en una caja cuya cubierta presenta una abertura provista de vidrio para dar libre acceso á la luz. En el fondo de esta caja fijan un pedazo de pa-

nal, cuya miel está un poco descubierta á fin de escitar el apetito de las prisioneras, y cuando los cazadores presumen que las abejas han comido lo necesario, dan libertad á algunas de sus cautivas.—Observan atentamente con la vista la direccion que han tomado, se dirigen entonces al sitio en que las han perdido de vista, dejan escapar algunas otras, cuyo vuelo observan igualmente, y avanzan de nuevo para continuar de este modo hasta que las abejas, en vez de seguir la misma direccion que las anteriores, toman una opuesta, lo cual indica á los cazadores que han pasado el sitio en que se encuentra la colmena. Por último, cuando se figuran que han llegado á las inmediaciones del objeto de sus pesquisas, calientan un ladrillo sobre el cual colocan un pedazo de panal de miel, cuyo olor no tarda en llegar á los delicados órganos del alado pueblo.

La avidez extrema que las abejas tienen por la miel causa su pérdida, pues atraídas por este perfume al cual no pueden resistir, vienen en tropel á participar del banquete, y revelan de esta suerte el sitio en que habian ocultado su tesoro.

Los cazadores derriban entonces el árbol, en cuyo tronco recogen muchas veces de cuarenta á sesenta mil kilogramos de una miel deliciosa.

MEMORIAS DE ORIENTE.

El aspecto que presenta el Valle de Josafat está conforme á primera vista con cuanto nos dicen las leyendas cristianas acerca de su destinacion. Parece un sepulcro vasto y sin embargo harto estrecho para contener al género humano en el tremendo dia. Dominado en todas partes por monumentos fúnebres; terminando por su parte meridional en la roca Silhoe llena de catacumbas y bóvedas sepulcrales, y teniendo por límites las tumbas de Josafat y Absalon cortadas en forma de pirámide

en la misma roca, parece la residencia favorita de la muerte, y el sitio destinado para depósito de las lágrimas y gemidos de una gran ciudad. Por un lado las negras colinas del monte de las ofensas, por otro las murallas del templo arruinado, añaden con su sombra un horror mas al que por sí solo infunde este sitio al viajero meditabundo con las escenas de muerte, resurrección y juicio, que vaticinaron los profetas.

¿Acaso imaginaremos el Valle de Josafat formado por una vasta cadena de montañas, serpenteado por las negras aguas del dilatado torrente Cedron, y últimamente, creeremos sea el depósito á donde lleguen otros cuatro torrentes mas que viniendo de Oriente y Occidente, Septentrion y Mediodía, traigan en sus fétidas corrientes los restos de los innumerables hijos de Adan cuando asistan al desenlace del gran drama de la humanidad?

Nada de esto: el Valle de Josafat no es otra cosa que un foso natural cabado entre dos montañas de poca elevacion. Sobre una de ellas está Jerusalem, y la cima de la otra es el monte de las Olivas; con solo los escombros de los actuales muros de la ciudad se tertraplenaba la mayor parte del Valle que no tiene garganta alguna ni aun en su entrada. El Cedron tiene su origen algunos pasos del Valle, sale bajo de tierra, y no es sino un torrente que forman en el invierno las aguas que al llover se rezuman de algunos olivares plantados en un terreno mas elevado que el de las tumbas de los reyes: se pasa por un puente de algunos pies de largo y que está al frente de una de las puertas de Jerusalem, pero en esta parte ni el Valle, ni el rio, (que forma una madre seca y llena de guijarros) son mas anchos que el puente, y parece mas bien al foso que defiende la aproximacion de una muralla, ó á una alcantarilla que reciba las inmundicias de la ciudad, que otra cosa. Entre el torrente y los muros hay un corto espacio de terreno que se disputan los pobres de los arrabales para sembrar algunas legumbres. En

las pendientes van á pastar una yerba marchita y llena de polvo algunas cabras y burros sin dueño; en una palabra, figúrese cualquiera ver despues de lo dicho infinitas piedras sepulcrales esparcidas en todo él, pertenecientes á todos los cultos del mundo, y tendrá ante sus ojos el Valle de Josafat.

EN EL NACIMIENTO DE UNA NIÑA.

Abre !oh mundo! tus puertas, hoy cerradas
á la austera virtud y á la inocencia,
y entre flores del noto respetadas,
y pompa, incienso, luz, magnificencia,
en tu seno recibe alborazado,
para hacerla dichosa,
á esa imágen de Dios, cándida, hermosa,
que Dios para tu júbilo ha creado.

Recíbela en tu seno, y nunca vea
la faz al vicio, descarnada, horrible,
ni el estruendo de bárbara pelea
hiera jamás su corazon sensible.
Entre todas las bellas la mas linda,
perfecta y acatada,
alce la sien de resplandor velada,
y el déspota á sus pies tiemble y se rienda.

Los reyes con su poder
á tí se postren, oh niña,
y Dios á tu frente ciña
corona de mas valer.

Que si eres ángel de amor
hoy descendido del cielo
para brillar en el suelo
entre glorias y esplendor,

Yo cantaré tu hermosura,
y tu virtud sacrosanta
sublimará á quien te canta,
treguas dando á mi dolor.

Y aunque hijo de la maldad,
yo pediré para tí

al Justo de Sinaí,
eterna felicidad.

¡Oye, Señor, mi súplica, y protege,
puesto que es obra tuya, su inocencia!
Haz que la adulacion de ella se aleje;
que no escuche el clamor de la indigencia;
que, cuando vuele á tu morada, deje,
á tu fé levantados y clemencia,
monumentos en todo el universo,
que den á España honor, materia al verso.

Mas si naciste, ángel mio,
para penar en la tierra,
al sueño los ojos cierra,
y no despiertes jamás.

¡A! no despiertes si el mundo
entre aromáticas flores
te brinda acerbos dolores
que en tu daño sentirás.

Y si despiertas, tus ojos
seductores, penetrantes,
bellísimos, rutilantes,
ciegos estén para el mal.

Sordos estén tus oídos
del vicio inmundo al lamento,
y escuchen solo el acento
de la virtud celestial.

Y propensa al beneficio
tu alma pura y generosa,
disfrute paz deliciosa,
solaz, é inefable amor.

Que si destello divino
de Dios, te protege el cielo,
tú brillarás en el suelo
entre glorias y esplendor.

Crece de luz y magestad cercado,
ángel de paz y de virtudes lleno,
crece, y de Dios intérprete adorado,
del mundo impera en el jardín ameno;
crece, que yo sin término inspirado
te encomiaré, si de ventura ageno,
y haré, ¡mi Estér! que con amor profundo
tus glorias cante y te venere el mundo.

F. G.